

PROFESIÓN, COMPROMISO Y MILITANCIA. LAS DISPUTAS POR LA DEFINICIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EN LA ARGENTINA

JUAN PEDRO BLOIS

Resumen

En los últimos años, las inserciones profesionales de los sociólogos tuvieron una marcada expansión y diversificación. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, lo anterior conllevó una redefinición profunda del escenario de la sociología local, dominado ahora por la multiplicación de un conjunto variado de “oficios” de sociólogo. Contra lo que se podría esperar dada la magnitud de los cambios, ese proceso no suscitó ni estuvo acompañado, salvo contadas excepciones, por el desarrollo de amplios debates o controversias sobre la “profesión” del sociólogo y su papel en la sociedad. Si esa situación difiere de lo ocurrido en otras latitudes, donde se produjeron intensas polémicas, contrasta también con lo ocurrido en el pasado en nuestro país, cuando sociólogos, de muy diversas orientaciones, participaron de manera activa en una serie de (álgidas y acaloradas) disputas en torno a la definición de lo que la sociología era y debía ser. El presente artículo se propone reconstruir las diversas concepciones sobre el rol y papel de los sociólogos que, en el período que va de la fundación de la primera carrera hasta la instalación de la última dictadura, fueron movilizadas a la hora de trazar los límites y naturaleza de la disciplina.

Palabras clave: sociología, profesionalización, politización, controversias, Argentina

Abstract

En los últimos años, las inserciones profesionales de los sociólogos tuvieron una marcada expansión y diversificación. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes, lo anterior conllevó una redefinición profunda del escenario de la sociología local, dominado ahora por la multiplicación de un conjunto variado de “oficios” de sociólogo. Contra lo que se podría esperar dada la magnitud de los cambios, ese proceso no suscitó ni estuvo acompañado, salvo contadas excepciones, por el desarrollo de amplios debates o controversias sobre la “profesión” del sociólogo y su papel en la sociedad. Si esa situación difiere de lo ocurrido en otras latitudes, donde se produjeron intensas polémicas, contrasta también con lo ocurrido en el pasado en nuestro país, cuando sociólogos, de muy diversas orientaciones, participaron de manera activa en una serie de (álgidas y acaloradas) disputas en torno a la definición de lo que la sociología era y debía ser. El presente artículo se propone reconstruir las diversas concepciones sobre el rol y papel de los sociólogos que, en el período que va de la fundación de la primera carrera hasta la instalación de la última dictadura, fueron movilizadas a la hora de trazar los límites y naturaleza de la disciplina.

Palabras clave: sociology, professionalization, politization, controversies, Argentina

Introducción

En los últimos años las prácticas profesionales de los sociólogos tuvieron una marcada expansión y diversificación. Si las instituciones académicas experimentaron un proceso de “profesionalización” que amplió los lugares de inserción, un conjunto de instituciones no académicas (dependencias estatales, consultoras de opinión pública y análisis de mercado, grandes empresas privadas, ONGs, etc.) comenzaron también a contratar un número cada vez mayor de sociólogos. Se fueron consolidando, de ese modo, una serie de prácticas o tareas profesionales más o menos novedosas y ciertamente heterogéneas: desde la producción de información en alguna institución estatal hasta el gerenciamiento de los recursos humanos en una empresa multinacional, desde el diseño y aplicación de iniciativas para controlar la “corrupción” de los gobiernos hasta la producción de informes sobre los gustos de los consumidores de una marca. Cada una de esas prácticas, en el Estado, en las empresas o en el denominado tercer sector, se define por saberes, estilos de trabajo y audiencias (o clientelas) bien diferentes. Aun cuando no se tratara de un hecho sin precedentes, pues había habido en el pasado sociólogos trabajando más allá de los muros académicos, la expansión de esas prácticas conllevó una redefinición profunda del escenario de la sociología local, dominado ahora por la multiplicación de los “oficios” de sociólogo (Blois, 2013; Rubinich y Beltrán, 2010).

Contra lo que se podría esperar dada la magnitud de los cambios, el proceso de diversificación profesional no suscitó ni estuvo acompañado, salvo algunas excepciones e iniciativas más o menos puntuales, por el desarrollo de amplios debates o controversias sobre la “profesión” del sociólogo y su papel en la sociedad. En efecto, más allá de la labor de algunas instituciones como los consejos o colegios de graduados, que no siempre gozaron de una amplia visibilidad, o de algunas investigaciones académicas sobre las prácticas profesionales de los sociólogos (Blois, 2012; Rubinich y Beltrán, 2010; LAO, 2001), resulta difícil dar con algún debate o análisis en torno a esa cuestión. Los espacios de formación universitarios, instancias clave donde plantear y reflexionar sobre los variados usos sociales de la disciplina, se mantuvieron apegados a la figura del sociólogo como “académico”, mostrando una relativa indiferencia frente a las nuevas posibilidades profesionales. Así, por ejemplo, la Carrera de Sociología de la UBA, la institución que desde su reorganización a mediados de los años ochenta, producía año a año el contingente más numeroso de graduados, se configuró como un espacio poco receptivo a las variadas experiencias profesionales que sus egresados (así como buena parte de su plantel docente) iba desarrollando en el mundo del trabajo (Bonaldi, 2009; Bonaldi y Blois, 2014).

Lo anterior contrasta fuertemente con lo ocurrido en otras latitudes donde, ante el proceso de diversificación y transformación de las prácticas profesionales de los sociólogos, ha habido una serie de intensos debates, de diverso alcance y orientaciones, que concitaron incluso la atención de destacadas figuras. Cabe aquí recordar la polémica en torno a la “sociología pública” iniciada con la intervención de Michael Burawoy (2005) en su discurso como presidente de la *American Sociological Association* por la amplia difusión que alcanzó, pero también las diversas discusiones que desde hace algunos años han tenido lugar en varios países en torno al papel y función del sociólogo (Bauman, 2014; Calhoun y Wieviorka, 2013; Dubar, 2006; Dubet, 2012; Lahire, 2006). En esos casos, las controversias alrededor de la utilidad de la disciplina

como herramienta de interpretación y de acción sobre el mundo social, en consonancia con la tendencia a la reflexividad que acompaña a la sociología desde sus mismos orígenes (Blois, 2014), fueron moneda corriente. A veces, esos debates fueron promovidos y acompañados por la consolidación de una serie de iniciativas institucionales (revistas y publicaciones especializadas, grupos de trabajo y asociaciones) vinculadas a la “sociología aplicada” que buscaron organizar y dar voz a los nuevos perfiles profesionales¹.

Ahora bien, la relativa ausencia (o poca visibilidad) de los debates sobre el papel de los sociólogos en la sociedad y la sociología como profesión no constituye una constante en la historia de la disciplina en nuestro país. Lejos de ello, si se compara lo sucedido entre la creación de la primera carrera a mediados de los años cincuenta y la instalación de la última dictadura militar, con lo ocurrido a partir de los años ochenta, es posible observar un agudo contraste. Mientras que en el pasado cuestiones tales como el tipo de trabajo de los graduados (si debía orientarse a lo “académico”, a lo “profesional”, a lo “político”, etc.), las audiencias o públicos que tenían que buscar (los propios pares, el Estado, las empresas, el “pueblo”, etc.), o la relación con el financiamiento y sus condicionamientos (si debía ser nacional o podía ser extranjero, si la austeridad debía orientar el trabajo de los sociólogos, etc.) habían sido una y otra vez discutidas, propiciando fuertes alineamientos y realineamientos, en los últimos años, tales cuestiones no suscitaron en general grandes debates o controversias. Por supuesto, lo anterior no evitaba que los sociólogos en sus prácticas cotidianas, en las opciones que realizaban día a día, no debieran definirse o tomar posición frente a esos dilemas constitutivos –e inevitables– de su quehacer.

En este marco, el presente artículo se propone reconstruir algunas de las controversias y polémicas en torno a la definición de la sociología y su ejercicio profesional que en el pasado marcaron el desarrollo de la disciplina en nuestro país. Se trata de caracterizar las diversas concepciones sobre el rol y papel de los sociólogos que, en diversos momentos y contextos, movilizaron diversos actores a la hora de trazar los límites y naturaleza de su disciplina. La cuestión de la inserción laboral, siempre polémica puesto que allí se dirime la definición misma de la sociología y las legitimidades de las distintas prácticas o estilos de trabajo, tiene, en efecto, una larga historia que comienza, o al menos reconoce un punto de clara inflexión, a principios de los años sesenta, momento en que comienzan a egresar los primeros licenciados en sociología en nuestro país.

Según creemos, una mirada a la historia, como la que aquí se propone, puede contribuir a revelar la incidencia del pasado en nuestro presente, viendo cómo algunas ideas o visiones fueron recuperadas o forman parte ya del imaginario contemporáneo de los sociólogos. Puede también, en la medida en que esté atenta a las orientaciones y visiones que resultaron relegadas, permitirnos desnaturalizar ciertas formas de ver y concebir la sociología que hoy son asumidas como obvias o inevitables.

1.- En Estados Unidos, por ejemplo, los sociólogos vinculados a las actividades no académicas han alcanzado un relativo nivel de organización, visible en la profusa publicación de revistas y manuales de sociología “aplicada”, así como en la sección propia que han conseguido en la *American Sociological Association* (Kirshak, 1998). En Francia, por su parte, desde la década del ochenta ha habido una creciente edición de revistas, grupos de trabajo “aplicado” con inserción en universidades y el desarrollo de un buen número de cursos de posgrado con una fuerte presencia de contenidos aplicados (Dubar, 2006). Ese proceso ha permitido una revaloración de la sociología no académica que ha ido superando la fuerte invisibilización que pesaba sobre ella en un contexto donde las labores académicas eran la única referencia legítima de los sociólogos (Piriou, 2006).

En función de lo anterior, en primer lugar, se analiza la concepción de Gino Germani, figura de indiscutible peso en la historia de la sociología local y cuya posición constituyó una referencia ineludible en los debates que siguieron. A continuación, se reconstruyen las ideas de un conjunto de reconocidos sociólogos que promovían, de manera enfática, la inserción de los sociólogos en actividades aplicadas, concibiendo a la sociología como una profesión “como cualquier otra”. En tercer lugar, se caracterizan las representaciones sobre la disciplina que defendieron quienes se identificaron con el proceso de fuerte radicalización política de los años sesenta y setenta y que buscaron hacer de la sociología una práctica más cercana a la militancia política. Finalmente, se presentan unas conclusiones que buscan vincular esas discusiones con la situación más actual, signada por la expansión y diferenciación de las prácticas de los sociólogos.

Gino Germani y la sociología como “profesión científica”

Según Gino Germani², la sociología constituía una disciplina científica que debía enseñarse como carrera específica en las universidades y desarrollarse como actividad profesional en instituciones académicas y no académicas. Ambas definiciones –la sociología como “ciencia” y la sociología como “profesión”– se hallaban, según insistía, inextricablemente unidas. En efecto, el desarrollo de la sociología como una ciencia no era posible si su cultivo no era asumido como un trabajo de tiempo completo, capaz de asegurar un nivel de vida “decoroso” a sus practicantes. Inversamente, tampoco era posible hacer de la sociología una profesión, en condiciones de jugar un rol específico en el sistema de profesiones de la sociedad moderna, si no era desarrollada como una ciencia.

Como es sabido la apuesta por hacer de la sociología una disciplina “científica” cultivada de manera “profesional” constituyó el núcleo básico de la renovación intelectual que Germani promovió en el escenario de la sociología local y a partir de la cual buscó legitimar el desplazamiento de los profesores –o “sociólogos de cátedra”– que en el pasado habían tenido a su cargo la enseñanza de la disciplina en las universidades. En su visión, la creciente complejidad de la sociología y su constitución como una ciencia positiva que no presentaba –ni debía presentar– diferencias cualitativas con las ciencias que estudian el mundo natural impedían su desarrollo de manera “amateur” o “aficionada” y justificaban la emergencia de un nuevo tipo de sociólogo. En ese sentido, era preciso reemplazar

al antiguo profesor, abogado, político, administrador, para quien la cátedra universitaria era el apéndice honorífico de su profesión principal, en el mejor de los casos fecundo ensayista, capaz de incursionar con desenvoltura en el campo de la literatura, la filosofía, el derecho o la sociología, mediocre aficionado la mayoría de las veces (Germani, 1964:1).

Tal renovación no expresaba, de acuerdo a Germani, un conjunto de cambios meramente intelectuales o científicos, circunscribibles a una dimensión puramente cognitiva. Lejos de ello, Germani vinculaba la conformación de la sociología como profesión científica a las transformaciones que las sociedades contemporáneas experimentaban en su proceso de modernización y desarrollo. El surgimiento de escuelas y carreras de sociología para formar

2.- Sobre la trayectoria y obra de Germani existe ya una amplia bibliografía. Aquí, antes que volver sobre ella, nos proponemos reconstruir sus ideas sobre lo que la sociología era y debía ser.

profesionales especializados, el desarrollo de nuevas técnicas y estrategias de investigación, las crecientes aplicaciones prácticas de la sociología y el surgimiento de nuevas ocupaciones (como el “experto en problemas sociales”), no eran, en ese sentido, casuales.

“Ciencia de las épocas críticas”, la sociología, según el sociólogo italiano, no constituía un fin en sí mismo. Lejos de ello, era, como todo conocimiento científico, una respuesta a demandas y preocupaciones prácticas. Antes que una empresa intelectual o académica centrada en la reproducción de un conjunto de ideas sin otros destinatarios que los propios sociólogos, su justificación y razón de ser estaban dadas por el rol social fundamental que la sociedad moderna le acordaba de manera creciente: proveer una orientación racional a la acción social. En un marco signado por la crisis de las tradiciones (que contribuían a una producción y reproducción “espontánea” de las instituciones), la sociología debía, según esta mirada, ofrecer los marcos de inteligibilidad, el flujo de informaciones y diagnósticos necesarios para asegurar una acción “inteligente” y “planificada” de la sociedad sobre sí misma. Con el paso de la sociedad tradicional a la moderna:

los hombres se ven enfrentados a la necesidad de realizar elecciones deliberadas ahí en donde antes se limitaban a seguir las pautas asignadas por la tradición. De esta necesidad de elección que se presenta con angustiosa urgencia en todos los sectores de la vida social surge el impulso hacia el conocimiento cabal de las fuerzas colectivas; fuerzas que es menester dominar para sobrevivir. He aquí la razón de ser de la sociología, y la que fija, a la vez, sus alcances y su tarea” (Germani, 1956 [1946]:111,112).

Si la sociología debía orientar al conjunto de actores o instituciones que forman una sociedad, para el sociólogo italiano, había, no obstante, un interlocutor privilegiado: el Estado. Sea a través de la consultoría realizada desde las instancias académicas o directamente a través de la incorporación de los sociólogos a la planta estatal en tanto “profesionales expertos”, la disciplina tenía que orientarse a satisfacer las demandas de una institución que, según un extendido consenso al que Germani adhería, debía intervenir fuertemente en la sociedad. Esta operación, por supuesto, supondría un ingente esfuerzo de planificación, tarea en la cual los sociólogos “profesionales”, junto a representantes de otras ciencias sociales, podrían ocupar un lugar destacado. Así, lejos de mantener distancias o construirse contra el Estado, la sociología, según Germani, debía alimentarse de las preocupaciones estatales y ofrecerle sus herramientas y conocimientos, indispensables para cualquier acción planificada³.

Ahora bien, ¿explicar el desarrollo de la sociología moderna y científica como respuesta a

3.- Si la creación de la Carrera de la UBA coincidió con un clima favorable que promovía el accionar e intervención del Estado y de las ciencias sociales como sus auxiliares, la efectiva vinculación que se dio entre el Estado y la sociología promovida por Germani estuvo lejos de colmar las expectativas del sociólogo italiano. Aun cuando ciertas instituciones estatales incorporaron algunos de los sociólogos que se iban graduando, la creación de la Carrera estuvo lejos de ser, como ocurrió en otras latitudes, un proyecto propiciado y sostenido por las elites sociales y políticas (Blois, 2015). Muestra del escaso interés estatal por la nueva disciplina, cabe recordar que parte esencial del financiamiento de la empresa liderada por Germani, aquel que permitía realizar trabajo de campo, enviar a jóvenes sociólogos a formarse en el exterior o invitar a profesores extranjeros, provino de instituciones extranjeras (como la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller). Mientras Germani buscó tender puentes con quienes controlaban el Estado, señalando los potenciales servicios que la “nueva” disciplina podría ofrecer, lo ocurrido en la Carrera a partir del golpe de 1966, con la intervención de las autoridades militares y la desarticulación de su proyecto, dan cuenta de la debilidad de los lazos que pudo construir.

las necesidades de la praxis social suponía la entronización de la “ciencia aplicada” en detrimento de la “ciencia básica”? ¿La aparición de un conjunto de roles profesionales no académicos para los sociólogos en el Estado o en las empresas debía hacer de las escuelas y carreras espacios de formación centrados en el entrenamiento exclusivo en “sociología aplicada”? En absoluto, como Germani destacó en reiteradas oportunidades, la investigación básica debía siempre tener prioridad sobre la investigación aplicada ya que, según pensaba, los grandes avances en la historia de la ciencia sólo pudieron hacerse cuando los científicos desarrollaron un trabajo autonomizado de las urgencias y demandas puntuales o concretas de su sociedad. Por supuesto, el conocimiento así producido, como se indicó antes, no tendría sentido, si no fuera incorporado posteriormente en los procesos de acción social y en la solución de los “angustiosos problemas de orden práctico”. Si se requería una mayor autonomía era porque las urgencias de la práctica, impaciente ante los plazos que toda conquista científica requiere, podían limitar o poner estrechos marcos a la imaginación y audacia de los científicos.

Las ciencias puras son la fuente viva de donde brota el manantial de los descubrimientos técnicos; ello ocurre porque solamente el pensamiento libre de preocupaciones de orden inmediato disfruta de la elasticidad suficiente para elevarse a esa “comprensión creadora” que es el *primum movens* de la ciencia (Germani, 1956 [1946]:114).

Por supuesto, la centralidad acordada a la investigación básica no implicaba la desvalorización de la sociología aplicada. Según Germani, como consecuencia del proceso de crecimiento y complejización de la sociología, se habían configurado tres “subdivisiones” o campos disciplinarios. Por un lado, estaba la “sociología teórica” que, con una orientación nomotética, estudiaba los hechos sociales para formular proposiciones de validez general. Por otro lado, estaba la sociología descriptiva (lo que por entonces era común referir como “sociografía”) que, con una orientación idiográfica, tenía por objeto conocer una sociedad particular. Finalmente, estaba la sociología aplicada cuyo propósito principal era preparar soluciones inmediatas para los “problemas sociales” (Germani, 1956:65). Si las primeras dos subdivisiones tenían como destinatarios principales a los propios sociólogos y científicos sociales, la última tenía como público principal a las instituciones de la sociedad civil y, de manera protagónica, al Estado⁴.

Ahora bien, esa “división del trabajo” entre los sociólogos y sus diferentes roles no afectaba (ni debía afectar) la “unidad de la sociología”. Pese a sus distintas orientaciones y espacios de inserción, las diferentes subdivisiones compartían, según Germani, los mismos fundamentos epistemológicos y metodológicos, aquellos propios de la “ciencia en general” (Germani, 1956:63). Mientras los sociólogos orientasen sus acciones de acuerdo a esos principios y no se identificasen, por ello, con los intereses inmediatos de sus clientes, su labor constituiría un valioso insumo para la disciplina en su conjunto. Por ello, antes que esferas compartimentadas o escindidas, lo que debía haber eran relaciones de mutua colaboración e intercambio, en el marco de la “conexión más estrecha posible”. Dar soluciones a un público o cliente determinado no

4.- La visión de Germani sobre la naturaleza de la disciplina tomó cuerpo en la orientación que dio a la Carrera de Sociología de la UBA. Mientras el énfasis en la investigación empírica estuvo expresado por la fuerte presencia de materias metodológicas así como por la introducción de los estudiantes en la tarea concreta de investigación, la dimensión práctica aparecía, entre otros aspectos, reflejada en la oferta de un “Certificado de especialista en Sociología aplicada” para los graduados. Mientras el plan dejaba abierta la posibilidad de establecer distintas especialidades, la primera orientación disponible fue “Psicología social”, oferta que aprovechaba las materias del flamante Departamento de Psicología, creado en aquel momento.

constituía una desviación u obstáculo para el ejercicio de la disciplina. Así, la sociología aplicada:

no se halla en contraste con la posibilidad de aprovechar sus resultados o su metodología, desde el punto de vista teórico. Al contrario, este tipo de investigación puede ofrecer oportunidades para realizar observaciones e incluso experimentos en condiciones particularmente favorables. Aquí, como para la sociografía, lo importante es mantener una estrecha conexión con la teoría sociológica que habrá de proporcionar todo el encuadre de sus investigaciones” (Germani, 1956:65).

Si la investigación empírica constituía el criterio fundamental con el que Germani trazaba los límites entre sociología y los otros discursos sobre lo social, el clivaje entre “ciencia básica” y “ciencia aplicada”, no dejaba de señalar diferencias pero lo hacía en el seno de un “mismo territorio”, unificado en torno a criterios de científicidad compartidos. Si la sociología desarrollada en la academia, en tanto ciencia “básica”, podía aparecer gracias a su amplia autonomía como la principal fuente de los hallazgos y desarrollos científicos, la sociología aplicada, siempre en diálogo con la académica, era un elemento indispensable para que esos hallazgos y desarrollos tuvieran algún efecto concreto en la realidad social, verdadera razón de ser de la sociología en su conjunto. Cabía pues a la sociología aplicada una tarea central: asegurar que el saber disciplinario orientara y moldeara efectivamente la construcción de las instituciones sociales, evitando cualquier autonomización excesiva de los sociólogos de su sociedad y, algo no menos fundamental, recordar en todo momento que la búsqueda del conocimiento sobre lo social emprendida por la sociología no debía nunca asumirse como un fin en sí mismo.

Los “profesionales” y la sociología como práctica aplicada

La idea de un mutuo soporte o colaboración entre la sociología desarrollada dentro y fuera de la academia fue retomada por un conjunto de sociólogos que, desde mediados de los años sesenta, defendieron la necesidad de promover una relación más estrecha entre la labor de los sociólogos y las necesidades “concretas” de la sociedad y sus diversas instituciones. Según su visión, era preciso evitar que en su afán por consolidarse como una disciplina universitaria, la sociología argentina terminara adoptando un marcado sesgo “academicista” que la disociara de los problemas sociales.

A través de diversas notas y artículos publicados en reconocidos medios intelectuales pero también a través de la organización de encuentros y seminarios⁵, estos sociólogos realizaron una encendida defensa de la sociología aplicada. Promovieron de ese modo el debate sobre la cuestión laboral que, según ellos, era preciso plantear ante un escenario en el que el número de graduados se ampliaba velozmente. Según su parecer, la búsqueda de respuestas a las demandas potenciales de diversos públicos o clientelas no académicas no sólo ampliaría las

5.- Entre ellos cabe mencionar uno coordinado en 1965 por José Luis De Ímaz que reunió a sociólogos con distintas inserciones en vistas a reflexionar sobre las prácticas profesionales de los graduados, con eje central en la cuestión del “compromiso”. Entre los participantes estuvieron: Gerardo Andújar (profesor de la Carrera de Sociología de la UBA y empleado del CFI), Adolfo Critto (miembro del Instituto de Sociología de la UNC y consultor del CONADE), Floreal Forni (investigador del Centro de Investigación Aplicada de la UBA y consultor del INTA), Francisco Suárez (investigador del ITDT y profesor de la UCA), Juan Carlos Agulla (profesor de la UNC), José Miguens (director del Departamento de Sociología de la UCA). Cabe resaltar que, según consigna el coordinador del evento, Germani había aceptado su invitación pero no pudo concurrir por no estar en el país. Cf. De Ímaz *et al.* (1966).

posibilidades laborales de los sociólogos sino que sería un factor favorable para el desarrollo de la disciplina en su conjunto.

Su énfasis fue tal que, compartiendo la definición germaniana de la sociología como una ciencia y una profesión, invertían la relación que el sociólogo italiano había establecido entre investigación básica e investigación aplicada. Si aquél le acordaba una cierta prioridad a la primera –“*primum movens*” de toda empresa científica–, para esta mirada, en contraste, lo que había impulsado los grandes avances de la ciencia a lo largo del tiempo había sido la necesidad de dar respuestas a las demandas prácticas de la sociedad. En ese sentido, si se quería promover el avance de la sociología como ciencia era preciso estimular la sociología como profesión aplicada.

Según su mirada, el excesivo énfasis en el cultivo académico de la disciplina y el descuido de su dimensión práctica sólo podría producir una sociología “estéril”, signada por una escasa relevancia social, una profunda marginalidad institucional y una ostensible dependencia de los centros mundiales. Todos males asociados a un excesivo e injustificable “ensimismamiento” de los sociólogos que olvidaban que la sociología era y debía ser un “instrumento útil” para cambiar la sociedad.

Asumida como una práctica eminentemente académica, la disciplina se transformaba, según esta visión, en un microcosmos escindido del mundo “real”, carente de cualquier incidencia social, donde los sociólogos no reconocían otra meta o motivación que la búsqueda del prestigio intelectual reconocido por sus propios pares. En esas condiciones, la disciplina podría satisfacer determinadas inquietudes intelectuales o vanidades personales pero nunca “mejorar” la sociedad. Prueba de ello, los temas y enfoques de buena parte de las investigaciones estaban escogidos, según se decía, con la idea de seducir a los colegas –por las referencias a las últimas teorías o por el uso de instrumentos metodológicos muy sofisticados–, antes que motivados por dar cuenta de las “realidades apremiantes” que convulsionaban la sociedad argentina y latinoamericana. Estos “refinamientos” mostraban, según se denunciaba, más compromiso con la profesión y el grupo de referencia profesional que con la sociedad en su conjunto. Según refería de modo sarcástico De Ímaz, citando a un colega suyo, “he llegado a la conclusión de que en el fondo a muchos especialistas les interesa más el desarrollo de la sociología que el de la sociedad” (De Ímaz *et al.*, 1966:128)⁶.

Lo anterior producía, según señalaban, una fuerte marginalidad y debilidad institucional. La jerarquización de la práctica académica y el correlativo desprecio de las investigaciones aplicadas propiciaban, según esta visión, un círculo vicioso donde la desconexión entre sociología

6.- En ese marco, De Ímaz alertaba contra una figura particular: el “colocador de *papers*”. Si bien reconocía que hasta el momento, dada el reciente desarrollo de la disciplina, no había aparecido en el medio local, en su opinión, era preciso advertir al respecto para desalentar futuras “tentaciones” que pudieran atentar contra el irrenunciable compromiso del sociólogo con su sociedad. “No sé si ustedes saben qué espécimen es éste. Este es un señor que permanentemente viaja, toma un avión y llega a Ceylán, después se va a Bogotá, de paso tiene un congreso en Río y así va de ciudad en ciudad colocando sus *papers*. Rota varias veces al año, muy bien pagado, con viáticos internacionales, dejando su pequeña cosita por aquí y por allá, en cuanto lugar haya una reunión de especialistas [...] Estos son los individuos sin raíces que no están adscriptos a ninguna comunidad, que no tienen ningún contacto real con ningún problema real” (De Ímaz *et al.*, 1966:127).

y sociedad era permanentemente reforzada. En la medida en que los sociólogos no tenían –ni buscaban– otros destinatarios que sus propios pares, la sociedad y sus diversas instituciones no podían conocer los servicios útiles que la disciplina tenía para ofrecerles. En la medida en que la sociedad no conocía lo que la sociología podría hacer por ella, no podía atraer hacia sus preocupaciones y problemas más “concretos” a los sociólogos. En esas condiciones, según Manuel Mora y Araujo, uno de los más decididos promotores de la sociología aplicada,

por un lado la sociología gira como una bola en el vacío, no se alimenta del resto de la sociedad ni la alimenta, no contribuyendo, por lo tanto, a cambiarla; por otro lado, la sociedad ignora la sociología, no la acepta enteramente como una actividad legítima, contribuyendo a que la disciplina resulte institucionalmente inestable, carezca de recursos, sea marginal. (Mora y Araujo, 1971:125).

Claro, en esas condiciones, los sociólogos podrían gozar de una elevada “autonomía”, siendo capaces de escoger libremente sus temas y la forma de abordarlos. Las demandas o necesidades de una clientela no académica no estaban allí para morigerar sus márgenes de decisión, limitar el “vuelo” teórico de sus ideas o condicionar su orientación “crítica”. Ahora bien, esa autonomía suponía, como contraparte necesaria, una dependencia a las fundaciones y organismos extranjeros que financiaban las investigaciones académicas. Así, haciéndose eco de las críticas cada vez más fuertes contra la aceptación de los recursos o subsidios para la investigación provenientes del exterior (y en un marco donde el grueso del financiamiento tenía ese origen), Mora y Araujo señalaba que una sociedad que desconociera la disciplina –y que por lo mismo no estuviera interesada en financiarla– produciría una inevitable situación de dependencia. Esa dependencia era de dos clases: económica, por supuesto, pero también cultural ya que esos centros sólo reconocían como merecedoras de financiamiento aquellas investigaciones que asumían como propios los cánones teóricos y metodológicos por ellos definidos, dejando un conjunto de áreas de gran interés y relevancia social como terrenos prácticamente inexplorados⁷.

Frente a esta situación, la propuesta de estos sociólogos era clara: buscar empleos en las distintas instituciones de la sociedad. Asumiéndose como “técnicos” o “expertos”, los sociólogos debían ofrecer sus conocimientos y destrezas a los sindicatos, cooperativas, partidos políticos, empresas, medios de comunicación, gobiernos municipales y provinciales, dependencias del Estado nacional; en fin, un conjunto heterogéneo de organizaciones que, si perseguían distintas finalidades y revestían diversas estructuras organizativas, compartían el hecho de necesitar –aun cuando no siempre lo supieran– “asesoramiento sociológico”. Si, según reconocían, estas instituciones no necesariamente estaban interesadas en promover el estudio profundo y sistemático de los entornos o ambientes donde operaban (y sería ridículo proponerle estudios o investigaciones que no conectasen de manera ostensible con sus necesidades prácticas inmediatas), sí podrían apreciar un asesoramiento que, en base a ciertas informaciones y diagnósticos, pudieran servirles para una búsqueda racional de sus metas.

7.- Si en su prédica en favor de la sociología aplicada, Mora y Araujo no dudaba en referir a quienes sostenían la posibilidad de una “sociología nacional”, rápidamente tomaba distancia al defender el carácter “universal” de la ciencia y afirmar que: “si la alternativa tuviera que plantearse en términos extremos entre la dependencia cultural y el ‘analfabetismo científico’, me inclinaría por la dependencia” (Mora y Araujo, 1971:131).

Mientras algunos, como Torcuato Di Tella, referían la diversidad de instituciones susceptibles de incorporar los servicios de la disciplina, otros, sin desconocer esa diversidad e inspirados en Germani, confiaban en que el principal consumidor y financiador de la sociología sería el Estado dadas sus incrementadas necesidades de planificación y control sobre una sociedad cada vez más compleja. Si es cierto que a esas alturas no faltaban muestras del perjuicio que esta institución podía ocasionar a la institucionalización de la sociología (como la intervención de 1966 había dejado claro para muchos), era preciso no perder las esperanzas. En ese sentido, Mora y Araujo señalaba que la trama estatal ofrecía siempre interlocutores interesados en promover el desarrollo de una disciplina capaz de orientar sus políticas e iniciativas. Contra los reparos que algunos sociólogos pudieran señalar, este sociólogo era enfático, la “sociología puede ganar, gracias al estímulo que pueda recibir del estado, mucho más de lo que puede perder. Puede ganar el convertirse en un instrumento útil para modificar la sociedad” (Mora y Araujo, 1971:134)⁸.

Ahora bien, la implicación decidida con las demandas prácticas de las diversas clientelas no suponía la renuncia al desarrollo de la sociología como una disciplina científica o académica, sin mayores horizontes que aquellos definidos por sus clientelas. Lejos de ello, el flujo de recursos materiales provistos por una renovada relación con las instituciones locales pero sobre todo los preguntas y desafíos intelectuales sugeridos por sus problemáticas “concretas” operarían como estímulos mucho más efectivos que la lectura de los sistemas teóricos o manuales de metodología provenientes de otros países. Si, por un lado, el financiamiento local debilitaría la dependencia externa, promoviendo de esa forma las condiciones institucionales o materiales para un desarrollo más autónomo y creativo, por el otro, la conexión con la realidad social estimularía la “imaginación científica” y la generación de conocimientos y enfoques originales.

En ese sentido, tomando como ejemplos el desarrollo del psicoanálisis, el keynesianismo y el marxismo, Di Tella (1967) recordaba que las revoluciones científicas y los grandes avances del conocimiento no se habían producido en el marco de las universidades o laboratorios sino que sólo se habían dado cuando una “tradición científica” había encontrado y procurado responder a una “necesidad práctica” de la sociedad. Es decir, cuando los científicos, abandonando su “torre de marfil”, se habían comprometido con la suerte de sus contemporáneos. La audiencia o clientela, por supuesto, había variado con el tiempo y la disciplina en cuestión. En un caso, habían sido pacientes individuales con diversas dolencias; en otro, la profunda crisis del capitalismo y el desempleo masivo; en el último, la lucha por mejorar las condiciones de vida de una nueva clase social. Así, en la búsqueda de sus “pacientes”, la sociología, según se afirmaba con énfasis, se jugaba mucho más que un adecuado financiamiento o una ampliación de su mercado laboral.

En ese marco, los promotores de la sociología aplicada cuestionaban cualquier jerarquía o valoración diferencial entre sociólogos de “primera clase”, aquellos que permanecían en la academia y sociólogos de “segunda clase”, aquellos que debían emprender actividades profesionales en instituciones no académicas. Contra la falta de reconocimiento de éstas últimas,

8.- Cabe señalar que la Fundación Bariloche, institución de definida vocación desarrollista y donde este sociólogo desarrollaba sus labores, había suscripto un acuerdo con el gobierno de Onganía para desarrollar una serie de investigaciones sociales. Sin dudas, el derrotero profesional que Mora y Araujo construyó posteriormente en el mundo de las empresas no puede ser desvinculado de la relación accidentada de la sociología con el Estado. Fue ante la falta de opciones laborales, a partir de 1976, que decidió probar suerte en la consultoría privada (entrevista concedida al autor).

proponían una definición ecuménica de la sociología y de lo que un sociólogo hacía y debía hacer donde la investigación desarrollada en el medio académico aparecía en el mismo plano que, para citar los ejemplos dados por uno de ellos, trabajar para una mayor participación de los afiliados en las asambleas de un partido político, lograr un mejor uso de las aguas por los agricultores de una zona, propiciar una mayor concurrencia de lectores a una biblioteca, diseñar una política de reforma agraria “realizable” (Di Tella, 1967:87). Todas ellas eran tareas que los sociólogos podían asumir sin complejos y en las que era preciso volcar el conocimiento de su disciplina. Para estos sociólogos, como para Germani antes, si el trabajo era asumido con las herramientas disciplinarias y el rigor necesario, la sociología podría desarrollarse en cualquier ámbito o institución.

Ahora bien, ello suponía una concepción según la cual la sociología debía constituirse como un conocimiento *neutral* susceptible para servir los fines más diversos. Es decir, en sí misma, la disciplina no daba elementos para cambiar la sociedad en un determinado sentido u otro. Lo que ella podía hacer era “racionalizar” la acción en un sentido instrumental: favorecer la elección de los medios más adecuados para ciertos fines, señalar la inviabilidad de ciertas decisiones, ampliar el margen de opciones disponibles para el decisor. Pero nada más. La sociología, según la metáfora que hacía de la ciencia un “cuchillo”, podía utilizarse para el “bien” –producir alimentos– tanto como para el “mal” –matar a un individuo–. Ella podía emplearse para asegurar la dominación tanto como para promover los objetivos más radicalizados de cambio social.

Existe una tendencia a creer que si la sociología puede ser útil a algo, es a la defensa del statu quo. Esta creencia, muy difundida en los sectores de “izquierda”, es tan prejuiciosa como la creencia difundida en los sectores de “derecha”, de que la sociología no es más que un pretexto para producir mentalidades subversivas. Creo que la sociología puede ser útil para servir objetivos pro statu quo como anti statu quo, objetivos reformistas como revolucionarios, de derecha tanto como de izquierda. La sociología puede servir para predecir la ocurrencia de guerrillas y controlarlas mejor, pero puede ser igualmente útil a las guerrillas para establecer si sus objetivos son plausibles o descabellados, si los efectos esperados ocurrirán o no. (Mora y Araujo, 1971:134).

Sin embargo, esa prescindencia no implicaba una sumisión inmediata a los dictados de la clientela. Lejos de ello, según señalaban una y otra vez, volcar la actividad sociológica hacia el asesoramiento de instituciones de diverso tipo no hacía del sociólogo un individuo sin margen de maniobra que, a la manera de un mercenario, debía asumir la realización de sus encargos en las condiciones y ritmos por ellas fijadas. Si, por supuesto, no podía desconocer sus necesidades e intereses, su trabajo debía siempre tener una autonomía relativa frente a la demanda. La sociología, como cualquier profesión, implicaba, en ese sentido, un “compromiso” con un conjunto de normas o principios específicos que todo sociólogo debía respetar. Era, de hecho, en base a esos principios que el profesional debía imponer ciertas condiciones en su trabajo: el reconocimiento de tiempos o plazos mínimos que garantizaran cierto estándares de calidad, la realización de indagaciones de mayor alcance, susceptibles de poner en juego ideas

teóricas más complejas (y de propiciar un mutuo soporte con la investigación básica desarrollada en la academia), etcétera. Para estos sociólogos, tales imposiciones constituían un “deber profesional”.

Aún más, si era cierto que quien trabajaba implementando las directivas de quien lo contrataba, no podía dejar de reconocer sus orientaciones o intereses, ello no impedía que el sociólogo, “con su conocimiento racional de la sociedad”, reorientara o modificara esas orientaciones “en un sentido de interés social o del interés nacional”. “Hay un peso que puede tener en el sociólogo o cualquier tecnócrata –un economista, etcétera– que no es sólo un pieza en el sistema” (Forni en De Ímaz *et al.*, 1966:124).

El ejercicio profesional aplicado no estaba pues en contradicción con la idea de “compromiso”. Lejos de ello, la conexión de la sociología aplicada con los problemas “concretos” de la sociedad era presentada, en ese sentido, como un valor que la distinguía, por un lado, de la sociología académica siempre proclive al “ensimismamiento” y a un desentendimiento de la suerte de sus contemporáneos, y por el otro, de la discusión ideológica siempre propensa a anteponer las declaraciones de principios a la acción efectiva, desconociendo de ese modo que los efectos de cualquier acción, por más limitada o reformista que sea su orientación, resultaban más concretos en la mejora de la sociedad que el mero discurso, por más revolucionario o crítico que se pretenda.

¿Cómo me comprometo con la realidad social? ¿Haciendo investigación solamente? Creo que no. Porque se puede hacer investigación de la realidad social y no tener ningún nivel de compromiso. O sea, investigo la realidad social como un biólogo que aprisiona un bicho y lo mira con un microscopio, simplemente. Haciendo pura investigación no me comprometo a nada (Andújar en De Ímaz *et al.*, 1966:110).

Una vez, hablando de una investigación social que yo hacía en función de un programa de desarrollo comunitario, se levantó un estudiante y me dijo: ‘Doctor, pero eso que usted está haciendo es perjudicial, porque eso puede aliviar mucho la situación de esa gente, y en consecuencia no se va a producir la revolución’. Yo diría que hay dos tipos de compromiso de cambio, y eso lo he sentido muy, muy violentamente, el compromiso de cambio dentro de esta sociedad, y el compromiso de cambio de esta sociedad para hacer otra [...] yo prefiero comprometerme con esta sociedad y cambiar esta sociedad, y eso es, creo, de lo que va la sociología aplicada. Es una sociología de metas inmediatas” (Critto en De Ímaz *et al.*, 111,112).

Tomando distancia del ideal de la neutralidad valorativa, Jorge Graciarena, otro estrecho colaborador de Germani, proponía una definición de la sociología definida por una declarada toma de posición valorativa. Como los sociólogos más identificados con el proceso de radicalización política que analizaremos a continuación, Graciarena postulaba la necesidad de “politizar” a los sociólogos pero lo hacía desde un punto de vista ciertamente diferente. Antes que integrarse en un movimiento político revolucionario, se trataba de formar funcionarios políticos. En su opinión las escuelas y carreras de sociología, antes que “técnicos” o implementadores de decisiones tomadas por otros, debían preparar agentes estatales capaces de decidir sobre fines y metas

alternativos por su propia cuenta y responsabilidad. Retomando un diagnóstico que hacía de los profesionales universitarios una elite modernizadora que en el contexto regional debía sustituir la acción de empresarios o partidos políticos no siempre muy dinámicos, Graciarena sostenía que la legitimidad social de la disciplina debería medirse de acuerdo a la capacidad de los sociólogos para participar como fuerza, indisociablemente científica y política, susceptible de impulsar el desarrollo y modernización de nuestras naciones. La sociología debía asumirse, sin temer una activa participación en las disputas ideológicas del momento, como una “respuesta intelectual a los problemas del subdesarrollo” (Graciarena, 1968:128).

Compartiendo la crítica al ejercicio “academicista”, distinguía una “sociología pura o analítica” que sólo busca el conocimiento por el conocimiento mismo de una “sociología de problemas” que se ocupa del estudio y propone soluciones para los “problemas concretos de la sociedad”. Rechazaba con ello las orientaciones “cientificistas” de quienes rehuían los temas importantes y candentes de su sociedad en busca de una imposible neutralidad valorativa. Pese a su declarada prescindencia, esa “desideologización” tenía un sesgo ineludiblemente conservador.

La evitación de los problemas reales es en gran parte la consecuencia de la búsqueda de la eliminación de la confrontación y de la controversia ideológica en aras de un ‘purismo’ científico. Pero no es sólo el precio que se paga por una neutralidad inasible. Más que eso se trata de una forma sui generis de comprometerse: la evasión ha sido siempre una forma de comprometerse con el statu quo (Graciarena, 1968:118).

Más allá de las diferencias o matices que pudiera haber entre los promotores de la sociología como una profesión aplicada, la orientación que defendían presentaba, según su visión, decisivas ventajas o virtudes. En primer lugar, implicaba una decidida intervención en los procesos de cambio y mejora social, haciendo de la sociología un medio al servicio de un fin mayor (y no un fin en sí mismo). En segundo lugar, y en relación con lo anterior, establecía de manera “adecuada” las prioridades temáticas, estableciendo una agenda de investigaciones conectada con las necesidades sociales y no con modas o cuestiones “frívolas” solamente interesantes para un puñado de académicos. Finalmente, ponía coto, por un lado, al preciosismo o erudición teórica y, por el otro, al excesivo rigor o complejidad metodológicos, asumidos para impresionar a los propios pares más que para contribuir a la mejora de la sociedad.

La politización de las ciencias sociales y la sociología como forma de militancia política

Al tiempo que en buena medida era reapropiada por los promotores de la sociología aplicada, la visión sobre el rol de la sociología de Germani fue duramente cuestionada en el contexto de creciente politización que, desde mediados de los años sesenta, signó el escenario de la sociología local y el campo cultural más general. Si su pretendido carácter “científico” despertó agudos debates intelectuales, la idea de la sociología como una “profesión”, como una ocupación susceptible de reclamar una jurisdicción propia o particular en el mercado de trabajo, en la academia o fuera de ella, concitó un amplio rechazo. La progresiva entronización de la política y las luchas por la “liberación nacional y social” alteraron profundamente las prioridades

del estudiantado y de buena parte de los sociólogos. En ese marco, más que como un académico o técnico que fundaba su accionar en una ciencia, la figura del sociólogo fue asociada a la del intelectual crítico o a la del militante político y social. Su papel, en uno y otro caso, era el mismo: contribuir al desarrollo de la conciencia revolucionaria de los sectores dominados, aportar al “momento teórico” de una “praxis revolucionaria” orientada a transformar la sociedad argentina.

Como es sabido, la figura de Germani devino el blanco preferido de las críticas. Desde quienes se referenciaban en el “pensamiento nacional” a quienes lo hacían en el marxismo, todos coincidían en su rechazo al “cientificismo”. Dos aspectos eran particularmente resistidos, uno de carácter intelectual y otro institucional. De un lado, la orientación general del programa de investigaciones basado en un “funcionalismo empirista” que no reconocía –y de hecho buscaba ocultar– el problema de la “dependencia”. Del otro, los nexos que Germani había anudado con las instituciones de financiamiento externo que suponían, según se creía, una inocultable injerencia de las mismas en la orientación de las investigaciones.

Contra lo que hubiera creído Germani o hubieran sostenido sus seguidores, la sociología que se desarrolló desde 1955, lejos de ser una respuesta “neutra” o “técnica” a las necesidades que surgían de la transición de la sociedad tradicional a la moderna, había sido en realidad una vía de “penetración imperialista”, una justificación en el plano de las ideas del predominio estadounidense en la sociedad argentina. Entre los sectores politizados el consenso era amplio y todos, más allá de sus diferencias, contribuyeron a la desacreditación de la “sociología científica” y su visión sobre el rol del sociólogo:

mientras el imperialismo norteamericano consolidaba la dependencia tecnológica de la economía argentina, las fundaciones norteamericanas invertían en la consolidación de la tecnología de las ciencias sociales en la universidad argentina” [En esas condiciones, la sociología] genera un discurso donde la penetración imperialista es trasmutada a nivel ideológico en la imagen de un proceso de “desarrollo económico y social” orientado a una creciente racionalidad propia de la “sociedad industrial”, discurso del que todo cuestionamiento de la dominación interna y externa está rigurosamente ausente (Verón, 1974:48).

La dominación imperialista en todo el mundo provocó el desarrollo de la sociología como un medio para detectar problemas en sus países y descubrir los modos de superar las tensiones del mundo moderno. La sociología científica en la Argentina recibió este presente de los países imperialistas y continuó por medios más refinados la tarea de enmascaramiento y control que los ideólogos del régimen venían realizando en alianza con la oligarquía. Paso a paso la sociología argentina se convierte en una de las armas intelectuales del desarrollismo (Carri, 1969:57).

Estos relatos, tanto como el de Germani antes, analizaban el surgimiento y desarrollo de la disciplina en el marco de una matriz de pensamiento que vinculaba la suerte de la sociología a los cambios de la sociedad. Ahora bien, lo que explicaba la necesidad de una ciencia de lo social no era ya la “modernización” y la crisis de la tradición. En su lugar, la clave que permitía entender

la trayectoria de la sociología era el “imperialismo” y la “lucha de clases”.

En ese marco, la reivindicación de la neutralidad u objetividad apareció entonces como la defensa implícita del orden social vigente. La ausencia de una crítica explícita de lo existente conllevaba, según esas miradas, una aceptación tácita de lo dado. Contra la escisión de ciencia y valores, desde una de las revistas que motorizaba una renovación del marxismo local, un joven sociólogo señalaba que:

... es posible que la naturaleza sea neutral. El sol por ejemplo ilumina tanto a justos como a pecadores. Pero la cultura no lo es. De allí que no exista como posibilidad efectiva una curiosidad pura, al margen de los interrogantes y perplejidades que asisten a la experiencia humana [...] Abandonar este compromiso, renunciar a participar en la cotidiana aventura del hombre no es como se pretende excluirse de una decisión: es optar por la complicidad (Torre, 1963:191,192).

Sin posiciones intermedias a la vista, el sociólogo, según estas miradas, tenía que elegir su “bando”. Debía definirse por el mantenimiento del status quo o por su subversión, trabajar por la “dominación” o por la “liberación”, del lado de los poderosos o de los sectores populares. Ninguna condición profesional u objetividad científica podía apartarlo de una implicación directa en las controversias ideológicas y luchas concretas que agitaban su sociedad. El ejercicio de la sociología implicaba siempre una toma de posición política que era inútil pretender esquivar⁹.

En ese marco, el ejercicio del sociólogo académico financiado por las fundaciones internacionales fue recusado tanto como el trabajo como “técnico” en el Estado o el sector privado. En rigor, en la medida en que, según advertían, todas esas inserciones motorizaban una común adhesión al orden vigente, los sociólogos politizados no trazaban una divisoria tajante entre ellos. Es que la idea de profesión, de acuerdo a esta mirada, no era más que una coartada que, buscando poner “la disciplina a cubierto de la política y la ideología”, ocultaba su compromiso con los sectores dominantes y las estructuras de poder vigentes (Verón, 1974:22).

Frente a ello, el sociólogo, según esta mirada, debía asumir su trabajo como un ejercicio crítico de todo poder explotador y comprometerse con la emancipación de los sectores dominados. Su única audiencia debían ser quienes estaban implicados en una transformación radical de la sociedad. En la medida en que el Estado, las empresas privadas y las fundaciones internacionales no estaban consustanciadas con tal meta, la sociología debía construirse *contra* ellos. Según estas miradas, el desarrollo de la sociología como práctica profesional suponía, pese

9.- Las visiones politizadas sobre la sociología no constituían una peculiaridad local. Lejos de ello, constituían un fenómeno global. La crítica a la “sociología científica” se nutrió, en ese sentido, de las orientaciones radicalizadas que llegaban de Europa y Estados Unidos. Como testimonio de ese influjo, es interesante destacar la publicación en el primer número de *Antropología del Tercer Mundo*, revista asociada a las denominadas “cátedras nacionales”, de un artículo de una de las figuras más visibles del Mayo francés, Daniel Cohn Bendit. Allí, el autor denunciaba una sociología devenida “perro guardián”, fiel servidora de “todos los poderes del mundo burgués” que no dudaba en “alquilar sus servicios” en vistas de asegurar la ganancia y el mantenimiento del orden capitalistas. “Las pruebas [argüía] son abundantes: la sociología industrial busca ante todo la adaptación del trabajador a su trabajo: la perspectiva inversa es muy limitada ya que el sociólogo pagado por la dirección debe respetar la finalidad del sistema económico: producir lo más posible para obtener los mayores ingresos posibles. La sociología política preconiza vastas encuestas, generalmente mistificadoras, que presuponen que la disyuntiva electoral es hoy el lugar de la política, sin preguntarse nunca si ésta no se situaría fuera de este terreno” (Cohn Bendit, 1968:14). En su visión, era preciso denunciar la “significación generalmente represiva de la profesión de sociólogo” así como la “hipocresía de la objetividad [...] del apoliticismo” (Cohn Bendit, 1968:17).

a la prédica de los defensores de la sociología como una “profesión”, la permanente adecuación de las orientaciones e iniciativas de los sociólogos a las demandas de quienes los contrataran. Contra Mora y Araujo, Eliseo Verón señalaba ácidamente:

El sociólogo ofrece ahora sus servicios en un mercado más amplio. El conocimiento sociológico puede beneficiar a todos, permite implementar cualquier política y cualquier ideología. El sociólogo deja su tarjeta, con la esperanza de conseguir trabajo. La afirmación explícita y consciente de la sociología como una tecnología que está más allá (o más acá) de los conflictos y la lucha ideológica y que cualquiera puede comprar [vuelve al sociólogo] un tecnócrata que confiesa abiertamente que al hablar del “cambio”, no piensa en un cambio determinado: hacerlo podría atemorizar a muchos clientes potenciales (Verón, 1974:68).

Aún más, aun cuando se aceptara la idea de la neutralidad valorativa defendida por los promotores de la sociología aplicada, su propuesta adolecía, según esta mirada, de un flanco débil. Los actores o grupos en condiciones de financiar la sociología, la contraparte que toda disciplina necesita para constituirse como una “profesión”, eran quienes, dada su posición en la sociedad, carecían de todo interés por promover cambios profundos. La prescindencia de una sociología que se presentaba como una herramienta capaz de servir para cualquier fin social se revelaba falsa. Los cambios que beneficiarían a los sectores incapaces de adquirir sus servicios –los sectores dominados– quedarían excluidos en tanto nunca podrían ser solventados. En el extremo, los sociólogos debían desistir de cualquier ejercicio profesional ya que ello suponía poner las herramientas y conocimientos de la disciplina a favor de los poderosos, únicos capaces de financiar sus investigaciones.

Si los defensores de la sociología aplicada la habían concebido como una manera en la que el sociólogo podía comprometerse con su sociedad, tal tentativa resultaba aquí fuertemente censurada. La “tecnología sociológica” no era otra cosa que una “tecnología de la dominación” (Carri, 1969:61) que, en lugar de vincularse con los sectores subalternos y acompañarlos en su organización y lucha contra la dominación, se consagraba, haciendo de los sociólogos “consejeros del príncipe”, a la “elaboración de recetas técnicas” para aliviar las tensiones sociales y garantizar la pervivencia de un orden injusto. El afán racionalizador de la sociología asumía, en este marco, una connotación fuertemente conservadora. Cualquier cambio gradual o reformista, aquel reivindicado por quienes defendían la sociología aplicada, era recusado como una postergación y obstáculo para los cambios fundamentales que la hora exigía.

Mientras que la construcción de la sociología como una “profesión” –en la academia y en las instituciones no académicas– suponía el trazado de una frontera que la deslindaba de los *amateurs* o aficionados así como de las otras profesiones, instituyendo una comunidad de sociólogos cuyas distintas opciones políticas e ideológicas no deberían eliminar su sentido de pertenencia y reunión en torno al conjunto de conceptos y destrezas propios de la disciplina, la “primacía de la política” diluía en este caso la identidad de sociólogo. Lo que importaba ahora eran los clivajes y fronteras que deslindaban diferencias de orden político: conservación, reforma o revolución¹⁰.

10.- Es en este sentido que se ha llamado la atención sobre la “disolución” de la sociología en la política y la crisis del

...frente al problema general de la Sociología, yo quisiera decir que en primer lugar yo no me defino como sociólogo, sino como socialista revolucionario, que por la división del trabajo que se da en esta sociedad y que yo no instauré, se me acuerda la posibilidad de ser un intelectual, de ser un profesor universitario [...] La respuesta es simple y lógica: o la Sociología sirve como instrumento capaz de apoyar cambios de tipo político, o no me interesa como profesión (Portantiero citado en *Panorama*, 1971:43).

Si Germani había confiado a la sociología una tarea ciertamente trascendental, lo había hecho, como los promotores de la sociología aplicada, en el marco de una acción pautada por los límites de una “profesión”. El compromiso del sociólogo se ejercía como tal. Aquí, por el contrario, ese compromiso debía asumirse a partir de una entrega “desinteresada” a una causa política. En este marco, en las versiones más extremas, escindiéndose de la cuestión laboral, la sociología no era de manera predominante (ni debía ser) un medio de vida. No faltaron quienes, rechazando el prestigio u honor comúnmente reconocidos a las profesiones, señalaban que el manejo de los “instrumentos científicos” no debía colocar a su poseedor en un “plano destacado”. El sociólogo, evitando la tentación del “exclusivismo”, tenía que ser “un servidor incondicional de los requerimientos que [las] masas populares hacen permanentemente” (Carri, 1969:65). Veamos ahora, a través de la célebre polémica suscitada por el Proyecto Marginalidad, cómo se movilizaban los argumentos de quienes buscaban un nexo más inmediato entre sociología y política.

Una ilustración de lo que antecede. El Proyecto Marginalidad

El Proyecto Marginalidad era una ambiciosa investigación que buscaba estudiar los sectores empobrecidos de un conjunto de sociedades latinoamericanas que, según las intenciones declaradas de sus patrocinadores (uno de ellos la Fundación Ford), debía producir un *corpus* empírico capaz de informar la acción de gobiernos e instancias públicas para “integrar” a los sectores que permanecían al “margen” del desarrollo¹¹. Dado lo sensible del tema –el estudio de aquellas poblaciones de la que buena parte de la intelectualidad local esperaba una acción política potencialmente revolucionaria– y la naturaleza de la institución financiadora –que, muchos creían, era representante de los intereses del “imperialismo norteamericano”–, las denuncias por un supuesto “espionaje sociológico” no se hicieron esperar. Ni la encendida defensa de quienes desarrollaban la investigación, ni sus “credenciales” marxistas, ni el enfoque crítico que habían adoptado para su estudio, morigeraron las sospechas. En una polémica, que alcanzó una dimensión regional, los sociólogos –y un conjunto de intelectuales más amplio– pusieron en juego un conjunto de definiciones sobre la sociología y el rol de los intelectuales fuertemente contrastantes que, más allá de los distintos argumentos movilizados, planteaba como telón de fondo la cuestión de la autonomía de los sociólogos frente a sus clientelas, su relación con la práctica política y su condición (o no) como “profesionales”.

“campo” científico y profesional que la empresa liderada por Germani se había propuesto fundar. Al respecto, pueden verse Rubinich (1999) y Sidicaro (1993).

11.- Sobre el Proyecto Marginalidad, pueden verse, entre otros, Gil (2011), Petra (2009), Plotkin (2009). Aquí, antes que una reconstrucción general o exhaustiva de ese episodio, queremos abordar algunas de las visiones sobre la sociología que se movilizaron en torno suyo.

Acusado de servir los intereses del imperialismo norteamericano, José Nun, el director del proyecto, asumió una encendida defensa de sus iniciativas. Sus esfuerzos estuvieron centrados en destacar las condiciones de amplia autonomía para fijar la forma de hacer la investigación que él y su grupo de colaboradores habían puesto como requisitos para hacerse cargo de la tarea. Según Nun, quien compartía con sus críticos la idea de que “la política de subsidios a la investigación científica forma parte de una estrategia global de penetración imperialista”, la aceptación de un subsidio no convertía a sus beneficiarios en inmediatos servidores de sus patrocinadores. Por el contrario había, tal como según su parecer el Proyecto Marginalidad lo demostraba, un margen o espacio de acción abierto a las iniciativas de los investigadores, siempre y cuando estos supieran fijar condiciones que les aseguraran una independencia de criterio. De hecho, había sido el aprovechamiento de ese margen el que les había permitido adoptar un enfoque crítico que empleaba los recursos financieros del “imperio” en una investigación que estaba “bien lejos de asegurar los favores del Establishment”. En base a esa autonomía, según afirmaba, la investigación cuestionaba el rol del “imperialismo” en la región y explicaba la marginalidad como una realidad inescindible de la dependencia económica de las sociedades latinoamericanas. En ese sentido, y con una prédica que buscaba distinguirse del “cientificismo” y su prescindencia valorativa, su investigación no se pretendía neutral. Por el contrario, asumía un compromiso explícito con el proceso de “liberación social y nacional” que, según pensaba, estaba en marcha.

Frente a esos argumentos, los críticos insistieron una y otra vez que quien proveía los fondos era quien fijaba los objetivos de la investigación y por esa vía imponía sus intereses. En un contexto sensibilizado por las revelaciones del Proyecto Camelot¹², sostuvieron que cualquier vinculación con los recursos ofrecidos por el “imperio” convertía a los sociólogos, no importa qué condiciones o requisitos pusieran a la hora de diseñar las investigaciones, en instrumentos de su política “neocolonial”. La procedencia de los recursos era, para estas miradas, definitoria. Si trabajaba para una fundación, no importa cómo lo hiciera, trabajaba a favor de la dominación.

No había salida. El carácter marxista o pretendidamente crítico de la investigación no alteraba la situación. De hecho, resultaba funcional a los intereses del “imperio”, en un contexto en el que la perspectiva funcionalista se hallaba desacreditada. El trabajo de Nun y sus colegas no era más que una nueva versión, adaptada a los nuevos tiempos de radicalización política, del “cientificismo tradicional”, vehículo uno y otro de la “penetración imperialista” en América latina. Fueran cuales fueran las intenciones de Nun, sus críticos sostenían que “objetivamente” su investigación sería una fuente de datos indispensable para que se pudieran planear y poner en marcha “las típicas operaciones de ayuda norteamericana” tendientes a “integrar” al sistema a aquellos sectores que se consideran susceptibles de producir “rebeldías”.

Pero la prédica de los críticos no se detenía allí. En su visión lo que explicaba la actitud de quienes decidían trabajar con los subsidios provenientes del norte eran los fuertes incentivos

12.- Prontamente cancelado ante la presión de la opinión pública, este plan, ideado por las fuerzas armadas de EEUU, buscaba ofrecer parámetros que permitieran predecir y controlar el surgimiento de movimientos armados en distintos países de América latina. Cf. Navarro y Quesada (2010).

materiales y simbólicos ofrecidos: grandes contratos, posiciones académicas en prestigiosas universidades, oportunidades para publicar en las revistas de renombre internacional, recursos para contratar amplios equipos de asistentes, etc. Los críticos no dudaban, en este sentido, en vincular su accionar con una inocultable preocupación por los intereses personales. Participar en cualquier iniciativa financiada por Estados Unidos implicaba, según esta mirada, una inevitable corrupción del investigador.

Nun y los investigadores que lo acompañaban han sostenido en los debates que esta investigación también arrojará resultados útiles para la izquierda. No lo dudamos: sostenemos que una investigación semejante podría haberse realizado igualmente sin depender de fondos del imperialismo, y sin necesidad de poner a disposición de éste semejante tipo de datos. Claro está, eso exige trabajar en condiciones más precarias seguramente sin recibir ninguna paga por ello [...] Y justamente aquí se plantea uno de los elementos insoslayables de los deberes del intelectual latinoamericano que se llama de izquierda: si puede o no pretender ser pagado en dólares, o si debe compartir el destino de nuestros pueblos pobres y “subdesarrollados” (Viñas y otros, 1969:76)¹³.

De ese modo, lo que se cuestionaba era la constitución de la sociología como una profesión y, en el fondo, como un medio de vida. Si el sociólogo tenía un genuino compromiso con la suerte de su “pueblo”, su trabajo debía asumirse como una vocación altruista, como una opción por los pobres y dominados. El éxito económico aparecía como un conflicto ético mal resuelto, fruto de la corrupción de un intelectual que había sido “tentado” y por esa vía disociado de la sociedad a la que pertenecía. El compromiso del sociólogo, al menos según esta versión, suponía una fuerte censura de la preocupación por los intereses individuales o económicos.

Dada la asociación entre sociólogo y militante político, estas miradas trazaban un profundo corte entre sociología y dinero. Ninguna sociología “opulenta”, en la medida en que sus recursos no podían tener otro origen que el “imperio” o los grupos dominantes locales, podría ser autónoma y verdaderamente crítica. El sociólogo, como su pueblo, debía ser pobre. Sociología y dinero, como las esferas de la modernidad weberianas en conflicto irreductible, debían mantenerse separadas y en tensión. Su imbricación sólo hablaría de una sociología y un sociólogo que, seducido por los recursos de los poderosos, habrían traicionado su compromiso. Para estas miradas, el sociólogo debía elegir su bando. La autonomía no pasaba por las condiciones que se pudieran imponer en la realización de un trabajo sino por romper cualquier relación con quienes detentaban el poder.

13.- La encendida respuesta de Nun, que no evitaba los nombres propios y las acusaciones personales, reproducía el argumento de la autonomía como escudo protector frente a las demandas de las fundaciones. Respondiendo los argumentos esgrimidos sobre la corrupción de los intelectuales, sostenía “Supongo que hablan por experiencia propia: varios de los firmantes (Bastianes, Colabella, Hopen, Menéndez, Rapoport) han venido trabajando mientras han podido, con fondos imperialistas, sin ninguna de las garantías de que se ha rodeado el Proyecto Marginalidad, y en investigaciones no destinadas precisamente, como la nuestra, a examinar los mecanismos de explotación neocolonialista que operan en América Latina [...] Finalmente, mueve un poco a risa que algunos prósperos investigadores de mercado de grandes empresas nacionales y extranjeras (por Ej., Hopen) firmen sin rubor una carta como la que comento, haciendo un patético y demagógico llamado a ‘compartir’ el destino de nuestros pueblos pobres y ‘subdesarrollados’” (Nun, 1969:78).

Reflexiones finales

Como vimos, las disputas en torno a la naturaleza y límites de la sociología fueron moneda corriente en el pasado en nuestro país. En efecto, en el período que va desde la fundación de la primera carrera hasta la instalación de la última dictadura militar, quienes se reconocían y eran reconocidos como sociólogos se embarcaron, desde diferentes orientaciones y formas de entender su disciplina, en agudos debates y controversias. Aun cuando las posiciones fueran a veces irreconciliables, en los hechos todos reafirmaban con su participación el valor o la importancia de la disputa por la sociología.

Para Germani, la sociología era una “profesión científica” que debía ejercerse en la academia pero también en otras instituciones, en particular, en el Estado. En su opinión, el desarrollo de la “sociología aplicada” constituía una necesidad imperiosa que, al tiempo que podría dotar de información y racionalidad a las instituciones y actores que la contrataran, debía impedir que los sociólogos recayesen en una práctica “ensimismada” de su disciplina, una práctica en la que sus únicos destinatarios fueran sus alumnos y pares. Los sociólogos podían –y de hecho debían– ofrecer sus servicios en las más variadas esferas, a condición de orientar su trabajo e iniciativas de acuerdo a los principios de su grupo de pertenencia disciplinario, imponiendo, tal como lo hacían otras profesiones más consolidadas, una independencia de criterio en la forma de dar respuestas a las demandas de sus clientelas. Ahora bien, entre la labor de estos sociólogos y de sus pares insertos en la academia, lejos de cualquier ruptura o disociación, debía primar, según Germani, la colaboración y mutuo reforzamiento. El desarrollo de un fuerte “sector aplicado” beneficiaría la labor de la “investigación básica” con un flujo de informaciones, problemas y desafíos muy valiosos.

Retomando buena parte de estos argumentos, y en algunos casos radicalizándolos, fueron varios quienes defendieron una activa implicación de los sociólogos en las diversas instituciones que formaban parte de la sociedad argentina (partidos políticos, sindicatos, cooperativas, empresas, dependencias estatales, etc.). Más o menos próximos del ideal de la neutralidad valorativa, sociólogos como Mora y Araujo, Di Tella o De Imaz criticaron decididamente, por un lado, el ejercicio puramente académico de la disciplina, al que veían condenado a una perdurable e injustificable “irrelevancia social”, sin arraigo en las preocupaciones concretas de la sociedad; pero, por otro lado, tomaron distancia también de la discusión más abiertamente “ideológica” que, según sus miradas, privilegiaba la búsqueda de un incierto cambio revolucionario en detrimento del compromiso con una política de cambios “factibles”. En la definición y orientación de esos cambios, los sociólogos, en tanto “profesionales” reconocidos, tenían mucho para ofrecer a una sociedad que aún desconocía todo lo que la sociología podría beneficiarla.

Finalmente, hubo quienes, identificados con el proceso de fuerte radicalización política buscaron hacer de la sociología una práctica más cercana a la militancia política. Aun cuando dentro de este sector no faltaban las diferencias, todos compartían un común rechazo al ideal de la neutralidad valorativa, recusando una y otra vez el rol del sociólogo como “técnico” o “experto” capaz de ofrecer sus servicios (“racionalizadores” de la acción) a una variada clientela.

Si, como buscamos mostrar a partir de la reconstrucción de la polémica en torno al Proyecto Marginalidad, no faltaban quienes defendían desde posturas politizadas la capacidad de los sociólogos para imponer una autonomía mínima a la hora de lidiar con los encargos de sus clientes o empleadores, hubo también quienes rechazaban esa posibilidad sosteniendo que las condiciones eran de manera insalvable fijadas por aquéllos que ofrecían los recursos. En ese marco, hubo incluso quienes cuestionaban, en función de la militancia política, la construcción de una carrera como sociólogo y la búsqueda del bienestar material en tanto profesional. El dinero, tal como ocurría en el ámbito la política y la militancia, era una fuerza capaz de “corromper” la labor de los sociólogos. La idea de “profesión”, contrariamente a lo que ocurría con Germani y los promotores de la sociología aplicada, era aquí disociada y opuesta a la idea de “compromiso”.

Ahora bien, más allá de las profundas diferencias en torno a la definición de la sociología que había entre las concepciones aquí reconstruidas, no es difícil encontrar un punto de acuerdo y confluencia bien claro: la crítica a la sociología como práctica estrictamente académica. En efecto, tanto para unos como para otros, la disciplina no debía asumirse nunca como un fin en sí mismo, como una pura empresa intelectual. Por el contrario, la sociología era y debía ser pensada siempre como un medio o instrumento al servicio de una meta que la trascendía: impulsar cambios en la sociedad (sea como sea que se los definiera). En esa línea, si unos alertaban sobre los riesgos del ensimismamiento excesivo, los otros denunciaban las “comodidades” que suponía en términos individuales (viajes, congresos, etcétera). Todos, sin embargo, promovían una fuerte conexión con las audiencias y públicos no académicos y sus problemas más urgentes y “concretos”. Según un diagnóstico común, oculto tras las ostensibles diferencias, si los sociólogos querían desempeñar un rol de peso en la producción y orientación de la sociedad debían trascender los muros universitarios.

Como indicamos en la introducción, frente a esas polémicas y controversias, el período que se abre con la vuelta de la democracia a mediados de los años ochenta inauguró un período en el que las discusiones sobre la sociología y el papel del sociólogo fueron menos numerosas o visibles. Ello, aun cuando la labor de los sociólogos, fruto de la demanda de un conjunto variado de instituciones, experimentó un proceso de profundas transformaciones que, en los hechos, planteaba varias de las cuestiones que habían motorizado los debates en el pasado: la inserción en instituciones no académicas, la autonomía profesional, la constitución de la sociología como una “profesión”, el condicionamiento de quienes financian las investigaciones, la relación entre investigación académica y aplicada, el vínculo de los sociólogos con el dinero, etc.

Sin embargo, como mencionamos, los espacios de formación (y en particular la Carrera de Sociología de la UBA) se mantuvieron relativamente “encapsulados” frente a las profundas transformaciones del mercado laboral. Sin propiciar la reflexión sobre las diversas posibilidades y desafíos que se les presentaban a los graduados, privilegiaron el modelo del sociólogo como docente universitario o investigador académico, aquel que, en buena medida, las miradas y posiciones del pasado habían recusado. Por su parte, los colegios de profesionales, pese a que alcanzaron cierto desarrollo, logrando por ejemplo la promulgación de leyes que regulan el ejercicio profesional del sociólogo, carecieron de la fuerza necesaria para imponerlas en la

práctica, sin llegar, por lo demás, a convertirse en espacios de intercambio profesional para buena parte de los graduados.

En esas condiciones, para muchos sociólogos, en particular para aquellos que terminan trabajando en instituciones no académicas, se produce un fuerte desfasaje entre la idea de sociología incorporada durante la realización de sus estudios (vinculada a un ejercicio académico de la disciplina) y una práctica profesional que resulta claramente discordante. Ahora bien, en la medida en que las instancias institucionales o colectivas de discusión son débiles, el trabajo de redefinición del sentido o límites de la sociología, así como la respuesta a la pregunta de si lo que hacen es parte (o no) de la disciplina, recae en una buena cantidad de casos sobre las espaldas de esos graduados. Son ellos quienes deben procesar por sí solos, y en el marco de sus espacios de trabajo, las tensiones derivadas de aquel desfasaje, siendo las “crisis vocacionales” moneda corriente (Blois, 2012). En este contexto, cabe preguntarse si la promoción de los debates en torno al papel y rol de la sociología, así como el reforzamiento de espacios que federen o posibiliten una mayor comunicación entre las diversas prácticas profesionales, no fortalecería la posición de los sociólogos insertos en las distintas esferas laborales, suministrándoles elementos y herramientas capaces de propiciar una intervención más reflexiva y afín al compromiso de la sociología con la transformación de las instituciones y la sociedad.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt (2014). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?*. Buenos Aires: Paidós.

Blois, Pedro (2012). *Obligados a elegir “entre el sacerdocio y la prostitución”*. *Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA*, Buenos Aires, UBA, tesis de doctorado.

Blois, Pedro (2013), “Entre la autonomía y la heteronomía. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos en la Argentina”, *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*, 58 (218), 219-232

Blois, Pedro (2014). “¿Para qué sirven los sociólogos? La definición de la sociología legítima en textos canónicos de la disciplina y la expansión de las inserciones laborales de los sociólogos?”, *Espacio Abierto*, 23 (1), 71-105

Blois, Pedro (2015). “La sociología en Brasil y Argentina en perspectiva comparada”. *Revista latinoamericana de investigación crítica*, 2, 65-88

Bonaldi, Pablo (2009). *Aprendiendo sociología*. Buenos Aires: La gomera.

Bonaldi, Pablo y Blois, Pedro (2014): “Intelectuales, expertos o académicos. La socialización universitaria de los sociólogos de la UBA”. *Virajes*, 16 (1), 65-88.

Burawoy, Michael (2005). “Por una sociología pública”, *Política y sociedad*, 42 (1), 197-225

Calhoun, Craig y WIERVIORKA, Michel (2013). "Manifiesto por las ciencias sociales". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 217, 29-60

Carri, Roberto (1969). "El formalismo en las ciencias sociales (2da. parte)". *Antropología del tercer mundo*, 2, 55-65

De Ímaz, José Luis *et al.* (1966). *Del sociólogo y su compromiso*, Buenos Aires: Libera.

Di Tella, Torcuato (1967). "La sociología y la praxis social". *Revista Latinoamericana de Sociología*, 3 (1), Buenos Aires.

Di Tella, Torcuato (1980). "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años". *Desarrollo Económico*. 29 (79), 1-36

Dubar, Claude (2006). "Préface", En PIRIOU, Odile. *La face cachée de la sociologie*. 267. París: Belin.

Dubet, François (2012). *¿Para qué sirve un sociólogo?*. Buenos Aires: SigloXXI.

Germani, Gino (1956): *La sociología científica*. México: UNAM.

Germani, Gino (1964): *La sociología en América Latina: problemas y perspectiva*. Buenos Aires: Eudeba.

Gil, Gastón (2011). *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina de los 60*, Mar del Plata: Eudem.

Graciarena, Jorge (1968). "Sociología e Ideología: Algunos problemas en la orientación de la formación de sociólogos en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, 30 (4), 795-818.

Kirshak, Ray (1998). "Sociological Practice: its meaning and value". *International Journal of Sociology and Social Policy*, 18 (1)

LAO, Facultad de Ciencias Sociales, Informe, 2001.

Lahire, Bernard (2006) (dir.). *¿Para qué sirve la sociología?*, Buenos Aires: SigloXXI.

Mora y Araujo, Manuel (1971). "La sociedad y la praxis sociológica". *Desarrollo Económico*, vol.11, nº41.

Nicolaus, Martin (1974 [1968]). "Observación en la convención del ASA", en Touraine, A. *et al.*: *Ciencias sociales: Ideología y realidad nacional*. Tiempo Contemporáneo: Buenos Aires.

Petra, Adriana (2009). "El 'Proyecto Marginalidad': los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural". *Políticas de la memoria*, 8-9, 249

Pirou, Odile (2006). *La face cachée de la sociologie*. París: Belin.

Plotkin, Mariano (2009). *Fundaciones, imperialismo cultural y malos entendidos transnacionales: el caso del Proyecto Marginalidad*. Trabajo presentado en el Congreso LASA, Rio de Janeiro.

Rubinich, Lucas (1999). "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los '60". *Apuntes de Investigación del CECyP*, n°4.

Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón (eds.) (2010). *¿Qué hacen los sociólogos?*. Buenos Aires: Aurelia.

Sidicaro, Ricardo (1993). "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 517-519.

Torre, Juan Carlos (1963). "Robert Lynd y la crítica de la sociología". *Pasado y Presente*, 2-3.

Sobre el autor

Juan Pedro Blois: Doctor en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la UBA. Investigador del CONICET y Profesor de teoría sociológica del ICI-UNGS. Fue Investigador Visitante del IESP-UERJ (ex IUPERJ) y becario posdoctoral del CNPq (Brasil). Fue docente de "Sociología Sistemática" en la Carrera de Sociología de la UBA y becario de posgrado del CONICET. También fue becario de Consolidación Académica CLACSO-Asdi y de Movilidad en el Posgrado de la Red de Macrouiversidades de América Latina y el Caribe, a partir de lo cual realizó una estancia de investigación en la UNAM (México). Es autor de varios artículos, publicados en revistas argentinas y extranjeras, en español y portugués. Correo electrónico: pedro.blois@gmail.com

Cómo citar este artículo:

Blois, J. P. (2016) Profesión, compromiso y militancia. Las disputas de la sociología en la Argentina. *Revista Horizontes Sociológicos* (4) 8, 10-33.